

Pasar la mano por la Iglesia es la gran panacea con que se curan todas las *pasiones de ánimo*, la ictericia, la tisis y la melancolía de las jóvenes enamoradas.

Si no adivinais vosotros mismos, lectores del alma, la causa ó motivo de una enfermedad cualquiera que se os viene encima y amenaza destruir vuestra salud, consultad á una *curandera por palabras* de las que allí abundan *para casos preventivos*, y el remedio que hallará mas á su mano es aconsejaros que paseis *la mano por la Iglesia*. No apeleis á la ciencia de curar, porque esta pierde su prestigio ante esa especie de *pildoras Holloway*, ó *palabras virtuosas*, que por la *intencion del enfermo* dedican á cualquier santo milagroso, reliquia ó pasaje de las Escrituras.

Para demostrar de una vez el significado de eso de *pasar la mano por la Iglesia*, voy á referir una anecdota á los lectores.

En Santa Cristina de Baleyje, aldea pintoresca situada cerca del río Miño, al frente de Portugal, conocí yo hace algunos años una familia de labradores hacendados, mayrazgos ó *vinculeiros*, como allí les llaman.

Había en aquella casa, entre los cinco hijos que contaba el matrimonio, una muchacha como de quince años, belleza pálida muy peculiar de la provincia, de ojos negros y melancólicos, cara de un blanco mate y un si es ó no es amarillenta, delgada y de regular estatura.

Su cabeza, cuando la hablé por primera vez, era un verdadero compendio de la novela d' Arlincourt, con su fondo mitad romanesco y la otra mitad de la *tragedia feudal*; cómo que la pobre niña aprendió desde muy temprano á conocer la nomenclatura completa de todos sus nobilísimos progenitores!

Segun lo que yo recuerdo, no habia salido jamás de su lugar, ni siquiera á media legua distante del enigmático escudo de armas que medio borrado por el musgo campeaba entre dos ventanas que querian ser ojivas, sobre el moldurado pórtico.

Llena su alma del *fuego señorial* de la *Edad media*, seguro estoy de que las canciones de un vago trovador no sonarían mal en su oreja, ni tampoco habria dejado de complacerla la aparicion de un esforzado mantenedor de los antiguos *torneos*, dispuesto á romper lanzas con el mismo Amadis de Gaula, y mas aventurero y amoroso que todos los Tenorios conocidos y sin conocer.

No exagero: aquella cándida muchacha era el tipo mas fuertemente *novelresco* que jamás he conocido.

Sin embargo de que en materia de amores su corazón permanecía inédito, vírgen, como diria un poeta, amaba las imágenes vaporosas de su mente, sus concepciones, sus ensueños: abreviando: aquella joven amaba las fantasmagorías, amaba la bruma.—Con esto queda dicho que su fuerte debian ser los amores vaporosos.

Con motivo de las vacaciones en la Universidad, volvió despues de cinco ó seis años que habia permanecido en la antigua Compostela, un joven bachiller en filosofía, vecino suyo y aun amigo de la infancia.

Santiago, para los señoritos de aldea, es como para los provincianos la corte.—Allí, segun muchos opinan, se sueltan, se instruyen y adquieren *buenos hábitos* los jóvenes: en una palabra, *se desasanan*.—¡Dios quiera perdonarme la frase! pero es la que mas pronto se me ha ocurrido.

Volvió, pues, nuestro joven á su aldea de Baleyje, si no

mas rico de ilustracion, mas pretencioso que habia ido.

Tal vez no llegaria, ni con mucho tiempo, á ser una *medianía* en su carrera jurídica; pero sabia vestir bien, bailaba, tocaba el piano, declamaba en el Liceo santiagués, y como mérito adicional *componia versos*.

En su aldea causó una verdadera revolucion. Todos le admiraban; y el que no se detenía en medir sus grados de talento, admiraba sus maneras y hábitos de *hombre de tono*.

Era la temporada de las grandes romerías: nadie ignora que desde la primavera hasta que finaliza el estío, los campos de Galicia son una fiesta continuada; hoy en este lugar, mañana en el otro y pasado en el de mas allá.

Los padres de María, la muchacha de que nos ocupamos, dieron en el salon de su *casa solariega* uno de los bailes que allí se ven tan concurridos por *morgados* portugueses; entidades originalísimas cuyo tipo bosquejaremos tan solo con decir que, atravesando el Miño *descabalgados*, sobre una barca grosera, en forma de *artesa*, acuden á esta clase de recreos con frac azul de alas puntiagudas y pronunciado martillo, y provistos de látigo y calzadas sus espuelas, sacan á bailar á las damas, con aquel trage, con aquellos arreos, ni mas ni menos que si asistieran á una *gira* ó carrera de caballos.

A esta *soirée* campestre asistió tambien el bachiller.

Alguna ternera hubo de decir muy del agrado de María, porque en toda la noche no separó de él sus ojos, ni bailó con otro alguno de los concurrentes.

Desde entonces, como todos los enamorados, hallaron mas de una ocasion para hablarse.—Omitimos los detalles de una narracion amorosa, cuyos accidentes, con alteraciones bien ligeras, son siempre los mismos en todos los casos.

Llegó el otoño, y el bachiller tuvo que regresar á Santiago.

Al caer la hoja, María se volvió triste, aumentándose visiblemente su palidez.

Una tós insistente y seca puso en cuidado á sus padres. A pesar de que ella no se quejó, los autores de sus dias la consultaron con varios médicos.—Echó sangre por la boca, y entonces se aumentó la inquietud que ya inspiraba: los médicos, aunque no se atrevieron á pronunciar sin embozo una sentencia de muerte, dejaron comprender al padre que su hija corria peligro de llegar á una consuncion.

Ella, entretanto, empeoraba de dia en dia.—Todos los galenos de aquellos contornos, y los curanderos homicidas de Valenza y de Monzon dieron su parecer, mas ó menos acertado, unos infundiendo esperanzas y otros augurando mal.

Por fin, gastados muchos maravedises en viajes á Portugal y otros puntos, entre la esperanza y la desesperacion, se lograba contener la enfermedad con simples medicinas y gran copia de cuidados.

Hallábanse una tarde, vispera de la *Conmemoracion de los fieles difuntos*, conversando con su madre otras dos señoras, muy respetables, pero tambien muy preocupadas, de Santa Cristina.

Sentados todos alrededor de la lumbre, asando castañas y contando cuentos, estaba yo muy ageno de esperar la sorpresa que la llegada de una muger del campo me causó.

—Ahí tienen vds. al médico que ha de curar la enfermedad de mi pobre Mariquita!—nos dijo con profunda convic-

ción la desconsolada madre, señalando á la reciénvenida.

Quedé como estupefacto, sin murmurar palabra, contemplando con profunda curiosidad el rostro de aquella rústica *galeno*, sin que me fuese posible hallar en él un rasgo el mas imperceptible de esa inteligencia que casi siempre se revela en los racionales.

Apuntaré aquí una pequeñísima parte del diálogo que medió entre el ama de la casa y la curandera.

—Lo que su hija tiene,—decía esta última,—es que la *envidia* de una maldita bruja (¡Dios me lo perdone!) la tiene así consumida.

—¿Vd. cree eso? preguntó con la mejor buena fé la solícita madre.

—¡No que no!—repuso aquella especie de sibila vulgar.—¡Si yo la contase una cosa!.....

—¡Cuente vd. por Dios! cuéntelo, señora Blasa.

—Tal vez no me creerán.....

—¡Si que la creerán!

—Pues oiga vd.: en la Cañiza se ha muerto en la semana pasada otra jóven como su señorita.

—¿Y de qué?

—¡De qué! Pues á eso voy precisamente. Doña Mariquita echa de vez en cuando sangre por la boca ¿eh?

—Sí.

—Pues la otra también arrojaba sangre.

—¿Y la causa?.....

—Esto es lo mas curioso: ¡asómbrense vds.!...! Todas las noches se sabe de cierto que una mala bruja, enemiga de su madre, no bien la pobrecita hija se quedaba dormida, *le chupaba la sangre con una pajita delgada y larga*: de este modo acabó con ella, sin que valiesen todos los remedios del mundo.

Las señoras dieron muestras del mas profundo asombro, mientras que á mí me costaba trabajo vencer á la risa que tan enorme absurdo me causó.

La curandera continuó:

—Para curar á la señorita es preciso hacer el único remedio eficaz.

—A vd. lo confiamos todo, señora Blasa.

—Pues bien; mañana, al amanecer, la llevaremos á *pasar la mano por la Iglesia*; y dentro de un mes ya no se recordará ni siquiera de que ha tenido tal enfermedad.

Al otro día determiné, por mera curiosidad, asistir á la ceremonia.

Doblaban á muerto las campanas, y esta circunstancia imprimió cierto aspecto fúnebre á lo que ví.

Madre, hija, curandera y las dos señoras de la víspera, vestidas de negro y provistas de rosarios, recorrían el átrio de la iglesia, varias veces de hinojos, parándose y prosternándose siempre ante cada cruz.

La curandera, despues de esto, recitaba oraciones de un libro pergaminoso en que leía.

Despues, tocando con sus manos de cuando en cuando el muro del templo, en derredor del cual andaban, dejaron trascurrir así un cuarto de hora próximamente, hasta que el sacristan abrió la puerta para la misa de alba que iba á decirse.

Entonces todos se dirigieron al interior del sagrado recinto, y tomando en la palma de la mano agua bendita, *rociaron con ella la cabeza y el rostro de la jóven*. Acompa-

ñaron á esta al confesonario, y despues que la enferma cumplió con este precepto, se dirigieron á oír la misa.

Quando por la tarde volví á la casa de María, reinaba en ella la mayor animacion. Hasta la misma jóven aparecía entonces mas alegre y resuelta que de ordinario.—En estos casos muy repetidos, si muchos no recobran la salud, á otros los salva *la fé*.

Dios quiso que unos dias despues de esto, una persona inteligente consiguiese convencer á los honrados hacendistas de cuán conveniente sería para la jóven viajar un poco por otras provincias. Con efecto, los aires de Pontevedra y de Santiago la restablecieron satisfactoriamente.

Trabajo me costó hacerles comprender mucho tiempo despues, de que si bien la *omnipotencia* de Dios á todo alcanza, y las oraciones son buenas para que la criatura no pierda su santa proteccion, no por eso debían dar crédito á la costumbre de *pasar la mano por la Iglesia*, en la forma que se hace y por su concepto algo profano.

Tambien suelen *pasar la mano por la Iglesia*, en diferentes casos que los de enfermedad, variando los requisitos segun es distinta la localidad y se alteran las costumbres.

En las disensiones domésticas, cuando una determinada cosecha se pierde por cualquier siniestro que no es fácil prever, cuando se tienen sueños terroríficos, pesadillas que nacen siempre de la predisposicion del ánimo: en todos estos casos acostumbran las gentes campesinas, y aun las de cierta condicion dentro de las ciudades, á *pasar la mano por la Iglesia*.

El tiempo, sin embargo, ha desterrado, y la instruccion seguirá desterrando, muchas preocupaciones semejantes, á que no tan solo en Galicia sino en otras varias provincias de España que he visitado, rinden culto la ignorancia ó la ciega creencia en los espíritus sobrenaturales que suponen danzando sobre la tierra, íntimamente relacionados con nuestros asuntos mundanales, y enemigos acérrimos de nuestro reposo.

En otro artículo haré una reseña de las mil singularidades con que se celebra *La noche de San Juan en Galicia*, digna por muchos conceptos de grande atencion.

M. VAZQUEZ TABOADA.

CIENCIAS. Los secretos de la diplomacia sideral en el espacio, nos desvelan tan poco como en el tiempo los hechos del preste Juan de las Indias.

Oid, lector, toda la enseñanza de una funcion vital: la sangre es un líquido colorado; este líquido es llevado á las estremidades por los vasos capilares; á los vasos capilares lo llevan las arterias; á las arterias lo manda el corazon; el corazon lo manda en virtud de su contractilidad; la contractilidad es... la contractilidad, ni el inteligente señor Corral, ni yo, ni nadie sabemos lo que es. Y aunque sea perjudicando á los iniciados en las ciencias fisiológicas, voy á revelar el secreto, ó sea la fórmula sacramental, por medio de la cual la ciencia humana describe todas las funciones vitales. La locomocion, por ejemplo, es un fenómeno singular, que

se realiza por efecto de una causa particular, llamada voluntad. Y así de todas las demás. Es decir que para los fisiólogos todas las funciones vitales no son más que fenómenos *singulares*, que se efectúan por causas *particulares*. ¿No es verdad, mi querido maestro, que todas las funciones de la vida no son más que cosas *muy singulares*, que tienen efecto por causas *muy particulares*? Que me diga el lector si saber esto no es lo mismo que no saber absolutamente nada.

Después de todo, el universo en conjunto no es más que un gabinete de física en grande, y la explicación de su inmenso mecanismo se reduce á la ampliación de un acto tan prosaico, tan fatal y tan manuable como la caída de Zapaquilda del alero de un tejado. Al ver el ningún resultado racional de la *Astronomía* casi, casi me he reconciliado con las aspiraciones de la *Astrología*.

MAFRA. (PORTUGAL.)

Cuando don Juan V subió al trono, había ya mucho tiempo de su antiguo esplendor. Algunos años después de la batalla de Alcazarkivir, en la que perdió la vida el rey don Sebastian, la magnífica herencia de Juan II, de Manuel y de Juan III, había sido conquistada por Felipe II y anexionada á la España. La marina portuguesa contaba entonces trescientos navíos en el mar. La dominación española duró sesenta años. Durante este corto período de tiempo, caminó á grandes pasos la decadencia. El imperio de las Indias, ese gigantesco monumento en que tantos héroes habían trabajado, cayó pedazo á pedazo á los golpes de los holandeses y de los ingleses enemigos de la casa de Austria, y cuando el duque de Braganza devolvió á su país su nacionalidad é independencia, ya no existía la marina, se hallaban vacíos sus arsenales y las conquistas de Gama, Alburquerque y Almeida habían pasado casi todas á manos de nuevos poseedores. Quedábale sin embargo libre á Portugal el Brasil, y los productos y recursos de esta rica colonia bastaron para el lujo escensivo de la corte de Lisboa y los gastos causados por los trabajos emprendidos en la metrópoli.

Don Juan V gastó grandes tesoros en sus caprichos. Uno de ellos le costó cuarenta y siete millones, pues quiso construir en una comarca estéril, triste y desierta en Mafra, un establecimiento colosal, convento y palacio á la vez donde se cuentan muchas iglesias, trescientas celdas, ochocientas setenta habitaciones y cinco mil doscientas puertas y ventanas. El convento y palacio de Mafra es el Escorial de Portugal. Caprichos de esta naturaleza é importancia empobrecen repetidos á los naciones mas prósperas.

El palacio y el convento de Mafra están reunidos en un solo y único edificio construido cerca de una aldea á tres leguas de Cintra y siete de Lisboa. Un alemán, Juan Federico Ludovici, fué el arquitecto de este monumento, cuyo plan presenta un cuadrado regular de doscientos cuarenta y cinco metros sobre cada lado. Vuelta al Oeste, la fachada principal está dividida en tres cuerpos distintos de edificios: la

parte central ó la iglesia: la parte del Sur ó palacio de la reina: la parte del Norte ó palacio del rey. Desde el suelo á la barandilla de las azoteas la elevación del monumento es de treinta metros, la de las dos torres de la iglesia comprendida la cruz que las coronan, de cerca de sesenta y ocho metros. Los gruesos pabellones cuadrados que franquean los ángulos de la fachada tienen cerca de treinta metros á cada lado; contruidos de piedra tallada de un hermoso trabajo, sobresalen veinte y cinco metros de las azoteas y su base es de granito metida en un profundo foso.

Se entra en la iglesia por un pórtico con fronton decorado de seis columnas de nueve metros de alto entre base y capitel. Bajo este vestíbulo se abren tres puertas abovedadas que dan entrada á la nave. Sobre el pórtico se extiende la tribuna llamada de *Benedictione*. Tiene tres altas ventanas: en el exterior á cada lado de la ventana del medio están colocadas en hornacinas las estatuas de Santo Domingo, de San Francisco, y debajo sobre el fronton del pórtico las de Santa Clara y Santa Isabel de Hungría. En la punta del fronton se destaca una gran placa redonda en la que están representadas en medio relieves las imágenes de la Santísima Virgen y de San Antonio patron del convento. La fachada de cada palacio, tiene tres filas de ventanas, distinguiéndose cada fila por los arquivates de un orden diferente. Por último, la cúpula que se alza en medio de la iglesia, acaba de dar al monumento un carácter imponente, de grandeza y magestad. Esta cúpula ó media naranja es muy notable por sí misma. Su perfil es elegantísimo, su construcción atrevida y el conjunto ofrece una noble imitación de la célebre cúpula de San Pedro de Roma, que parece suspendida en el aire por el genio inmortal de Miguel Angel. En el centro está cerrada la bóveda por una enorme piedra, en la que se han abierto ocho lucernas á cincel. Cuentan que cuarenta trabajadores pudieron ser empleados en los trabajos al mismo tiempo sin incomodarse unos á otros. Aseguran además que por medio de una máquina inventada por Custodio Vitoria, ingeniero portugués, en menos de dos horas la izaron á la cima de la cúpula y la colocaron en su lugar. Sostiene una cruz de bronce que pesa con el aparato de hierro que la sostiene cinco mil kilogramos. Hay en sus torres ciento quince campanas que se echaron á vuelo por la primera vez el 22 de octubre de 1730, aniversario del nacimiento de Juan V; fueron fabricadas en Lieja y costaron nada menos que tres millones.

El interior de la iglesia es de una rara magnificencia: sin embargo, la abundancia perjudica al buen gusto, y en aquella profusión casi increíble de estatuas, de bajos relieves, de adornos, de nichos, de mármoles de color dispuestos en cuadros, de molduras, de columnas, de capiteles y de dorados, la vista se extravía y no descansa en ninguna parte. Es una pomposa decoración de un lujo desenfrenado y nada mas. Las estatuas y los bajo-relieves han sido ejecutados por escultores portugueses que formaron una escuela bajo la dirección de un italiano llamado Justi.

La sacristía es inmensa y su pavimento de riquísimos mármoles. Está precedida de un vestíbulo soberbio. El vestuario encierra los ornamentos sacerdotales dados al convento por Juan V.

Hay afectá al convento una capilla particular de menores proporciones que las de la iglesia de que acabamos de hablar, pero el lujo de su ornamentación interior proclama en igual

que se llaman: la ciudad Exterior, la ciudad Interior, la ciudad Imperial, la ciudad Sagrada, ó ciudad Prohibida.

Ya ves, querido amigo, que lo que distingue á Pekin es lo grandioso y la inmensidad. Todo te asombra desde luego, y te anonada en aquella ciudad de gigantes: luego vienen los desengaños.

Cuando uno entra en la ciudad Exterior se encuentra en una vasta plaza rodeada de columnas. A derecha é izquierda se extienden dos recintos que tienen cerca de mil novecientos metros de largo, por mil ciento de ancho. Uno de estos recintos está consagrado á los honores de la agricultura, el otro á la adoración del cielo, en el primero se eleva un magnífico altar ante el que el emperador se va á postrar todos los años y pide al cielo conceda á sus súbditos propicias estaciones. Alrededor del altar se extiende el Campo Sagrado, donde va el emperador en seguida con gran pompa á trazar un surco con el arado imperial, que es también sagrado.

Pero dirijámonos hácia el otro recinto. Allí es donde podrás formarte una idea de la grandeza de algunas instituciones chinas.

Imagínate que en el centro de este inmenso recinto se ha construido al aire libre un altar tan sencillo como magistoso.

Figúrate tres torres macizas, para imitar la montaña santa donde desde hace cinco mil trescientos años los pueblos chinos están yendo á adorar al cielo. La torre superior tiene sesenta metros de circunferencia, la torre intermedia tiene noventa metros y la torre inferior ciento veinte.

Escaleras, dando vueltas esteriormente, compuestas de largos escalones de mármol blanco, conducen á la plataforma de cada una de las torres, cuyas plataformas tienen su pavimento de losas de mármol blanco y están coronadas por altas balaustradas ó barandillas. Aquí no hay esculturas, ni imágenes, ni inscripciones, nada que pueda distraer el espíritu: la reflexión únicamente es la que se asombra de esta sublime sencillez.

Es el palacio nacional, el único desde donde el emperador que representa á todo el imperio puede dirigir al Señor del cielo las acciones de gracias y las oraciones del pueblo entero.

Por espacio de tres días se prepara el soberano á esta grande ceremonia religiosa y patriótica: se prepara á la manera de los pontífices con el retiro, la oración y el ayuno. Cuando llega el día de la solemnidad se suspenden todos los trabajos en las cuatro ciudades de la inmensa capital. El Señor del cielo absorbe todas las meditaciones, y la atención general en la fisonomía, como en los pasos de todo un pueblo se ve impresa la gravedad y el respeto religioso.

Figurémonos un monarca cuyo carácter está santificado en el pensamiento de sus súbditos: un soberano convertido en el supremo hierofante de quinientos millones de vivientes, veámosle adelantarse por debajo de tres arcos triunfales recorriendo así la avenida central, verdadera Via Sacra, rodeado de los grandes dignatarios de su corte, y seguido de la flor de los guerreros de un imperio que cubre el solo las dos terceras partes del Asia. Llega al centro del recinto reservado; sube en medio de los príncipes y de los ministros la primera, la segunda torre que forman el altar, va allá á adorar sin tener sobre su cabeza mas techo que el cielo, al mismo Dios del cielo y del universo.

Su voz que se eleva, su frente que se humilla, expresan las gracias y las súplicas de todos los millones de seres que reconocen dos leyes en el mundo sobre la tierra, la ley del príncipe pontífice; en el cielo la ley del Rey de los reyes. En parte ninguna han imaginado los paganos un espectáculo mas imponente y magnífico.

¿Y bien, querido amigo, qué dices de la barbarie china? Un nuevo recinto y de nuevas puertas es la ciudad Interior, ó ciudad gubernamental. Entremos en ella.

Al llevar nuestras miradas á derecha é izquierda del boulevard central que seguiremos, siempre nos veremos deslumbrados por un centenar de templos y de palacios. Son los ministerios del imperio con sus brillantes columnatas de mármol blanco, la academia imperial con sus dorados techos, el templo de Confucio que se levanta en medio de un bosquecillo, es un gigantesco Panteon, colegios, el esplendido alojamiento de los censores imperiales. Delante de estos palacios hay plazas con arcos triunfales; estatuas y fuentes: cerca de esas plazas inmensos parques donde pacen rebaños de elefantes, que se crían para la magestad de las fiestas nacionales.

Todo es maravilloso. Descubro las murallas de la ciudad Imperial, y un poder irresistible me atrae á ella á contemplar sus prodigios.

Para llegar á sus puertas tendremos que atravesar un vasto canal, empero la cosa no será muy difícil teniendo á nuestra disposición siete gigantes puentes. Están contruidos de mármol blanco, y muy inmediatos los unos á los otros. Despues de haber atravesado el canal nos hallamos en un espacioso muelle frente á la puerta del palacio imperial. Esta puerta presenta cinco pasajes, el de enmedio todo cubierto de dorados y de esculturas está reservado al emperador.

A medida que se va penetrando en la ciudad Imperial se ven á derecha é izquierda del boulevard central dos vastos recintos plantados de magníficos árboles. En medio de cada recinto se alza un templo en honor de los abuelos del emperador. Los mismos censores que durante el reinado del emperador han escrito día por día los actos de su vida y de su imperio, juzgan solemnemente la memoria despues de su muerte.

Su sentencia, cualquiera que sea, está escrita debajo de su tablilla histórica y custodiada en el templo de sus abuelos. Despues de estos dos templos encontramos un arsenal militar muy airoso y una notable biblioteca.

Lo que presenta verdaderamente un espectáculo encantador, mágico, en la ciudad Imperial, es un inmenso parque que es el paseo. Contiene este parque dos lagos notables por su longitud.

Los dos lagos se hallan separados por un anchísimo puente de mármol: palacios y templos se alzan en sus orillas en medio de plantaciones que por todos lados rodean sus playas.

En el seno del gran lago se adelanta una colina formando hácia el mar una pintoresca península.

Cerca de su cima se ha construido un hermoso templo, consagrado sin duda á la primavera. Sobre los costados de la colina se han transportado enormes rocas sembradas de árboles y adornadas de flores. En su cúspide se eleva un obelisco.

Véase en estos encantadores lagos surcar barcos afec-

tando la forma de los mas caprichosos pescados: esquifes, llamados allí juncos, empavesados, hechos una ascua de oro, y de los mas vivos colores. Algunos están esculpidos con una rara elegancia y como calados cual un precioso encaje. De repente se ve mecarse muellemente una embarcacion cubierta de árboles y de flores, en medio de las que se destaca una risueña habitacion.

Aquellas estraordinarias embarcaciones son pequeñas islas flotantes.

Asi es como se construyen:

Forman una especie de rada con gruesos bambús. Sobre aquella rada se transporta una espesa capa de buena tierra vegetal, y pronto se ven abrirse á la flor de agua, esas casitas tan lindas y hechiceras.

Si volvemos despues nuestras miradas al Occidente, veremos una cruz sobre la cima de un templo. ¿Una cruz en Pekin? No puedes imaginarte, querido amigo mio, lo que se siente el verla. Aquella iglesia fué edificada en otro tiempo por los misioneros, esos infatigables apóstoles de la civilizacion y del Evangelio. Mas de un siglo hacía que estaba cerrada hasta que ha vuelto á abrirse para recibir á los soldados franceses. Allí se ha cantado el *Te Deum* y el *Salvum fac Imperatorem*, á mas de seis mil leguas de Francia.

No nos quedó ya nada por ver, mas que la ciudad Sagrada, guarnecida por muros de muelle construidos con enormes trozos de granito. Este grandioso foso sirve de defensa delante de las murallas.

En los dias en que el soberano del Celeste imperio tenia que celebrar victorias, se trasladaba debajo del ara triunfal que se alza á la entrada de la ciudad Santa. El ejército se adelantaba hácia el emperador para presentarle sus prisioneros y sus trofeos. Llegaba siguiendo la vasta via central que atraviesa tres de las cuatro ciudades antes de llegar á la ciudad Sagrada. No es fácil formarse una idea de la grandeza de esta escena presentada delante de la ciudad Sagrada.

Pasado el arco triunfal, nos hallamos sobre una plaza cuadrada donde todos los años hace distribuir sus regalos el emperador á los príncipes estrañeros ó á los grandes vasallos, así como á los embajadores.

Pasada la plaza de los Regalos, llegamos directamente á una puerta todavía mas monumental que todas las demás; presentando diez columnas de frente para adornar su fachada de triple entrada. Tal es la puerta de la Concordia soberana. Mas lejos en otra admirable plaza se levanta un trono. Este edificio tiene nada menos que treinta y tres metros de altura, y se sube á él por rampas de mármol blanco.

Allí es donde el emperador celebra sus mas solemnes asambleas.

Allí recibe el generalísimo de su ejército en su grave y última audiencia de despedida cuando debe marchar á alguna lejana expedicion.

Despues de esta sala del trono, se encuentran todavía otras dos igualmente grandiosas y ricas. Viene luego el palacio de la emperatriz, edificado todo de mármol blanco, rodeado de arcos triunfales de columnas, obeliscos y fuentes.

Al lado del palacio de la emperatriz se levanta otro palacio de sencilla y grave arquitectura. Tres verjas escul-

pidas y doradas lo rodean cual un santuario. Este templo honra á Pekin. Cuanto mas elevado es el monumento alzado á la adoracion del Señor del cielo, imponente y sublime, tanto está sencillo é interesante. En este templo es donde todos los años, en el aniversario de su nacimiento, viene el emperador á rendir homenaje á su madre prosternándose á sus pies. ¿Qué cosa mas grande, ni mas santa que esta institucion?

Llegamos al límite de nuestras peregrinaciones por medio de la ciudad Sagrada. No tengo mas que una sola palabra que decirte sobre esta ciudad prohibida. Desde su centro tengo el placer de escribirte, lo que prueba que no es del todo prohibida para tí. Tú sabes como hemos levantado la prohibicion, á cañonazos.

Ahora, querido amigo, que he tratado de hacerte solo entrever esta prodigiosa poblacion capital de cuatro inmensas ciudades, tengo que hacerte una recomendacion: no envidies mi suerte; ¡si supieses cuán triste está uno fuera de su patria!...

Estoy rodeado de maravillas, y veo desde mi alcoba las diez cúpulas doradas de un templo chino: pero créeme, amigo, que de buena gana quisiera ver el campanario de mi lugar... Otro día te escribiré, sobre los hábitos y costumbres de estas gentes.

CERVANTES EN ARGEL

6

EL AUTOR DEL DON QUIJOTE.

Hay cosas de moda. Moda es hoy estasiarse ante el Quijote de Cervantes, y prodigar alabanzas y honores al pobre soldado de Lepanto, á quien la ingratitud de sus contemporáneos dejó morir de hambre. La Academia de la lengua instituye unas honras fúnebres anuales en la modesta iglesia de monjas Trinitarias donde se supone enterrado su cuerpo, que en vano se ha buscado. Se hacen nuevamente las ediciones del Quijote en Barcelona y en Madrid.—Se compra por un infante español la casa de Argamasilla en la Mancha, donde estuvo preso el ingenio célebre, y donde se supone compuso la primera parte de su obra inmortal, y aquella casa se convertirá en una imprenta de donde salgan á iluminar el mundo los pensamientos que en menguadas horas de dolor y de tristeza concibiera allí mismo su pobre y perseguido autor.

Supongo que todos vosotros teneis noticia de don Quijote, y que antes de haber podido leer vosotros mismos ese libro que tanto divierte, ya habiais oído hablar del famoso caballero de la Mancha, de la bacia de barbero que le servia de casco, de Sancho Panza su escudero, que iba siempre detrás de él montado en un pollino de largas orejas.

Muchas veces os habreis reído con la historia de los requesones que inadvertidamente echó una vez Sancho en el yelmo de su amo, y que habiéndose derretido al momento, corrian por su enjuto rostro. Supongo tambien que cuando habeis sabido leer, el Quijote ha sido uno de los

primeros libros que han ocupado lugar en vuestra biblioteca, porque esa obra es una de aquellas que mas se acomodan á todas las edades de la vida. Despues de haberse divertido con ella en los primeros dias de la infancia, se lee, en la edad madura, y vuelve á servir de diversion en la vejez.

Pero si conoceis el Quijote, quizas no conoceis del mismo modo á Miguel Cervantes, su autor. Pensais sin duda leyendo esa historia tan divertida, que el hombre que la escribió debía disfrutar la dulzura de una existencia muy tranquila; que su vida pasó exenta de turbaciones y tormentos.

Pues sabed que Miguel de Cervantes, todo al contrario, experimentó casi tantas aventuras como su héroe. El escritor que halló en su imaginacion tantas aventuras chistosas, tuvo que sufrir los mas singulares contratiempos. La vida de Cervantes es una novela como su libro; pero una novela sembrada de crueles infortunios. Asi sucede por lo regular á los hombres de genio: desgraciados durante su vida, cubiertos de gloria despues de su muerte.

Esa fué la suerte de Luis Coomens, el mas ilustre de los poetas portugueses, y tal fué tambien la suerte de Galileo y del Taso, y otros muchos hombres grandes que la posteridad ha vengado de la ingratitud de sus contemporáneos.

Miguel de Cervantes Saavedra, el mas célebre de todos los escritores españoles, nació en Alcalá de Henares, en Castilla la Nueva, el 9 de octubre de 1547. Pasaremos rápidamente sobre su infancia y sobre su primera juventud que ninguna circunstancia extraordinaria ofrecen. Despues de haber empezado su educacion en su ciudad natal, vino á terminarla á Madrid; y en esta capital compuso, siendo todavia muy jóven, algunas obras poéticas, en las que se descubren una feliz disposicion, pero no ese talento que supo adquirirse mas adelante. Parece que sus primeros ensayos no tuvieron el buen resultado que esperaba Cervantes; lo que le causó cierto despecho, y además se encontraba sin colocacion.

En aquel tiempo los jóvenes de familias nobles, como Cervantes, que no tenían con que sostener su rango, acostumbraban mucho á ir á buscar mejor suerte en un pais extranjero. Nuestro jóven poeta adoptó este partido; tenia una aficion natural á las aventuras y á los viajes; queria ver tierras, como suele decirse. Resolvió pues dejar la España á fin de experimentar si la suerte le seria mas propicia fuera de su patria. Se medra algunas veces viajando, y suele tambien suceder encontrarse en el camino con aventuras pesadas; no necesitamos de esto mas prueba que el palomo de la fábula, y Miguel Cervantes, nuestro héroe.

En 1569, Cervantes, que tenia entonces veinte y dos años, se despidió de Madrid y de la España. Se embarcó para Italia, y fué á fijar su residencia en Roma, donde halló colocacion en casa del cardenal Julio Aquaviva. Allí permaneció algunos meses; mas aquella era una existencia demasiado tranquila, demasiado monótona para el carácter aventurero de Cervantes. No tardó nada en encontrar una ocasion para dar vuelo á su genio emprendedor. La guerra habia empezado á arder entre la república de Venecia, sostenida por el papa Pio V, y por muchos príncipes cristianos, y Selim, emperador de los turcos;

terrible, y que era de la mas alta importancia para toda la Europa, amenazada por el formidable poder del imperio Otomano.

Cervantes era aficionado á las armas, el papa acababa de enviar una escuadra para reforzar la de los venecianos y de sus aliados. Cervantes sentó plaza y se embarcó en esta escuadra. Despues de diversas operaciones militares que no tuvieron resultado decisivo, la escuadra turca y la de los cristianos mandada por don Juan de Austria, en la que iba Cervantes, se encontraron frente una de otra en el golfo de Lepanto, cerca de las costas de la Grecia. Acaeció el año de 1571, año eternamente memorable por la batalla que se dieron estas dos escuadras tan numerosas y tan formidables. La victoria, mucho tiempo indecisa, y disputada de una y otra parte con el mas terrible encarnizamiento, se declaró en fin por los cristianos. Cervantes desplegó el mas sobresaliente valor; fué tan gravemente herido en el brazo y en la mano izquierda que quedó manco toda su vida, testimonio irrecusable de su presencia en aquella famosa jornada y de los peligros que habia arrojado.

Despues de esta victoria, la escuadra de los cristianos se dirigió hácia Mesina, donde desembarcó los heridos y entre ellos á Cervantes. Nuestro poeta no por haber salido herido se habia desanimado: mas resuelto que nunca á seguir la carrera de las armas, permaneció en Mesina solamente el tiempo indispensable para curarse. Volvió á Italia donde sirvió en las tropas de Felipe II, rey de España, y despues en 1575 se embarcó para volver á su pais.

Mas entonces era cuando aguardaba la mas cruel de todas las desgracias á Cervantes. En esta travesía fué atacada la galera en que venia por Arnaute Mami, famoso pirata argelino. La resistencia era imposible, fué preciso rendirse. El pirata condujo sus prisioneros á Argel. Este Arnaute Mami tenia tan terrible reputacion de feroz que en Argel mismo, donde los esclavos cristianos sufrían tan crueles tratamientos, pasaban los suyos por mas desgraciados que los otros.

Ved ahí en que manos Cervantes habia caído. En la actualidad que Argel convertido en colonia francesa ve su puerto abierto al comercio de todas las naciones, que el azote de la piratería ha cesado, gracias á las armas francesas, de asolar al Mediterráneo, se piensa mucho menos en los padecimientos de los cristianos en otro tiempo reducidos á la esclavitud por aquellos bárbaros, sobre todo en la época en que vivía Cervantes, que era su situacion insoportable. Encadenados como galeotes, condenados á los mas rudos trabajos, encorvados bajo el látigo y la vara de sus dueños, la mas ligera tentativa de evasion, los esponía á crueles suplicios. Pues bien, Cervantes lejos de abatirse con esta perspectiva, lejos de que le acobardase la terrible reputacion de Arnaute Mami, apenas se vió en las prisiones, cuando resolvió salir de ellas á todo trance. ¿Por qué medio? No lo sabe. Está entregado á sí mismo sin recurso alguno, abandonado del mundo entero; en España se ignora su paradero, se le cree muerto sin duda; no importa, la libertad es su pensamiento fijo, sin interrupcion. Sin cesar reanima el valor de sus compañeros de infortunio, les hace participar de sus esperanzas, sin hacer caso de los espantosos tormentos á que le abría es-